

LAS SIETE DIMENSIONES DEL SER VICTORIOSO

por

José Aracello Cardona

En el mundo tendréis aflicción; pero
confiad, yo he vencido al mundo.

San Juan 16:33b.

La virtud mayor que tienen estos días de la Semana Santa es que siempre son de gran pertinencia a la época que vivan los seres humanos. Lo novedoso y lo significativo de la Semana Santa no es la celebración de una fecha más en el calendario eclesiástico. Dios ha provisto esta ocasión para que las personas puedan autoanalizarse a la luz de las dimensiones de Jesús, el Cristo, y no en las ordinarias perspectivas de los sistemas que se originan en un mundo aflictivo y desconsolador.

Frente a la cruz, contemplada con los sentidos, con el intelecto, y con la razón, uno se queda perplejo. De acuerdo con los sentidos el cuadro de la crucifixión es desgarrador, amargo, triste. El mirar a un supliciado manando sangre, con manos y pies oradados por la infamia y junto a él dos ladrones, lo que inspira es cruento malestar. Al añadirse una mujer llorosa, con la angustia terrible de la madre que ve como la morbosidad y la crueldad se ceban en el hijo de sus entrañas, uno no puede más que sentirse perdido en el laberinto del dolor.

Frente a la cruz el intelecto se embota, se vuelve impotente. ¿Por qué tiene que sufrir así el autor de la moral por excelencia? ¿Por qué el bien se ve tantas y tantas veces eclipsado por el mal? ¿Es que en la vida terrenal no hay paz y tranquilidad para el que selecciona derroteros de virtud frente a los desmanes de la maldad? ¿Por qué Dios tiene que padecer a manos de aquellos de los cuáles él es dueño? La inteligencia bucea en el mar de la razón y nada

encuentra que conteste a estas interrogantes. La razón dice que aquel acontecimiento de la crucifixión no era justo. Pero fueron hombres dotados de razón los que hicieron posible el espectáculo de la muerte del Redentor. Fue la ley, basada en el razonamiento legal, que cometía un crimen que jamás debió haber cometido. En esto coadyuvó la justicia romana que tanto alarde hacía de su imparcialidad. Sí, ¿cómo se siente uno confundido si razona y si intelectualiza el hecho del Calvario!

La validez del hecho de Jesús crucificado en un madero, no depende de las múltiples explicaciones ni de todo el razonamiento que pueda producir el género humano. Por eso, es un hecho pertinente en cualquier momento histórico, en todas las razas y para todas las estratas sociales. Sólo puede medir, en las dimensiones más profundas al Cristo crucificado, aquellos que han tenido y que sienten la fuerza creadora y renovadora del Cristo que siempre es contemporáneo. Sólo una profunda experiencia en el Cristo que transforma hace que uno pueda comprender lo que no se puede hacer de otra manera.

Una vez que el Señor de los señores se posesiona del creyente y se hace una realidad para toda la vida, se obtiene la victoria más importante del ser, victoria que se ganó en la cruz y que puede sintetizarse en siete dimensiones, que tradicionalmente se llaman las Siete Palabras. Si se fijan bien en el orden que han sido establecidas, notarán que comienzan en un nivel de hombre para culminar en el nivel de Dios. Hombre y Dios, he ahí lo que resume la vida y la teología cristiana, según Juan Calvino.

Dice la primera dimensión. Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen. Lucas 23:34. Cuando una persona pasa por momentos difíciles en la vida, casi siempre tiende a perder la serenidad. Y si ese momento

está relacionado con una o más personas, no sólo se pierde la serenidad, sino que se coloca al causante del mal en una posición de enemigo y hasta de odio. Pero perder la serenidad y colocar al otro en plano de enemigo es la negación de lo que uno debe ser. Ya no se es persona, sino fiera y salvajismo.

Jesús el Cristo, en la hora más dolorosa, sigue amando a sus detractores. Nadie es su enemigo. Todos son criaturas de Dios. El contempla al hombre como un ser deformado, desorientado. Es el hombre que ha perdido la dimensión del amor y por eso destruye, odia y persigue. Y enseguida surge la pregunta: ¿cómo se ha desfigurado el ser al cual Dios le dio su imagen?

Leed la historia y contemplad el paso del hombre por el mundo y hallareis la contestación. El poder corrompe. La ambición no se sacia, pide más y más de lo que ansía. El orgullo envilece porque se desprecia al semejante. El odio va envenenando a la conciencia. La calumnia presenta un cuadro desfigurado del que llamamos hermano. Por lo contrario, el amor construye y reace. El poder, contemplado por el prisma del amor, se usa para el bien de la humanidad. La ambición destructora desaparece cuando el amor impera. El orgullo deja de serlo, para convertirse en humildad genuina cuando se enfrenta al amor. El odio es una planta extraña en el jardín de la vida, si ese jardín es abonado con la vida amorosa. La calumnia, que tanto envilece al que la practica se trastoca en la búsqueda del bienestar del semejante. ¡Oh poder asombroso de lo que puede hacer el amor! ¡Que transformación se opera en los seres!

Las palabras amorosas de Jesucristo son el perdón funcionando. Lo que quiso decir el Salvador de la humanidad es que sus ajusticiadores ignoraban lo que hacían. Los hombres estaban cegados y embrutecidos por el poder, por la ambición, por el orgullo, por el odio y por la calumnia. Las personas que son así, son personas que carecen de amor profundo. Pero... ¿qué es el perdón?

Es la cualidad de los que conocen las dimensiones amorosas y sólo el que ama puede decir, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen". No saben que al tratar de destruir a otros, se están destruyendo así mismos. El ser cristiano debe reconocer esta primera dimensión del que perdona, porque ha bebido en la fuente creadora del amor de Dios.

Uno de los grandes y graves problemas de la humanidad en todos los tiempos es el bregar con lo que es y cuál será el propósito de la existencia misma. Hay varias preguntas que algunos se plantean, otros soslayan y otros no se dan por enterados, tales como, ¿quién soy yo?, ¿cuál es mi función en este mundo?, ¿hacia dónde iré cuando el universo deje de ser? Parece que hoy, como ayer, se reflexiona mucho sobre lo inmediato sin considerar las proyecciones de aquellas cosas que le da verdaderas dimensiones a la vida. Vamos a ver dos casos que ilustran lo que aquí se quiere decir.

Tres personas pendían de la cruz: dos ladrones y nuestro Señor Jesucristo. Un ladrón denostaba al Señor de la vida, que irónicamente, daba tal vida por la humanidad. Este ladrón, quizá alguna vez pensara, ¿quién soy yo?, pero esa pregunta no fue determinante en su ser, pues tuvo la ocasión más propicia para contestarla y no lo hizo. Esa ocasión fue frente a Cristo, o frente a la eternidad. Tampoco parece que trató de averiguar por qué existía. Menos aún le preocupaba qué sería de él cuando el universo no fuera más. El pensamiento que venía a su mente era que lo soltaran para seguir no siendo, esto es, seguir una vida sin dimensiones creadoras. El otro ladrón reconoció al Señor de la vida. Es muy posible que en su diario vivir fuera como el primer ladrón, pero le llegó la hora de la lucidez mental y espiritual. Y se hizo la pregunta, ¿quién soy? Y la contestó: soy un vil ladrón. Y se hizo la segunda pregunta: ¿cuál es mi función en este mundo? Seguramente

pasaron por su mente las grandes y provechosas cosas que pudo haber hecho y no las hizo. Pero se percató que la batalla de su existencia todavía no estaba perdida. A su lado estaba el Cristo que le podía contestar la pregunta básica, pregunta que sólo se hacen los que tienen iluminación de Dios: ¿hacia dónde iré cuando el universo deje de ser? Hoy estarás conmigo en el paraíso. En otras palabras, Cristo le dijo al ladrón: hoy tú has comprendido la dimensión de la eternidad. Hoy te has dado cuenta por qué me crucifican. Hoy has aprendido que mi dolor es el que engendra la nueva humanidad. Tú has entendido por qué estoy aquí, y como en mí, tiene significado lo que el hombre es. Hoy tú sabes que la vida no se mide, sino por mi amor y por la obra que yo he realizado. Hoy tú estás conmigo en el paraíso.

La tercera dimensión del ser victorioso está expresada con una incomparable elocuencia en las palabras, Mujer, he ahí tu hijo. Después dice al discípulo: He ahí tu madre - Juan 19:27.

No deseo presentar esta ocasión en términos de amargura ni de desesperación. Es verdad que el cuadro de la Virgen María frente a la experiencia de ver a su hijo, es el más desgarrador de los martirios, pero debajo de todo lo duro del momento, la victoria de la vida surge con luz esplendente. Juan y María señalan una de las grandes fallas tan común entre los humanos. La pregunta que se ha de plantear, ¿quién cuida de quién?

Tanto María como Juan, por el imperativo del amor señalado por Jesús, serían el complemento el uno del otro. Es que el amor dice que lo mío será tuyo. El amor dice que tanto en la abundancia como en la escasez uno estará con el otro. Es el amor que sabe compartir el presupuesto de los grandes valores y de las riquezas del espíritu. Mi lloro será tu lloro, mi tristeza será la tuya, mi felicidad será tu felicidad. El diario vivir dice que no es así, pero a la luz de Cristo todo se clarifica.

He aquí un acto de confianza y de reciprocidad. Parece todo lo contrario de lo que sucede a nuestro alrededor. Hoy se le pide al subalterno que sea puntual, pero el jefe no lo es. El religioso que exige sacrificio a los demás, mientras él rehuye los mismos; el maestro que exige normas para el estudiante, pero él no las cumple; el que demanda lealtad, pero es desleal.

Poner a Juan como hijo de María y a María como madre de Juan fue el reconocimiento de Cristo que en ellos se operaba ~~en~~ el proceso de la responsabilidad. El Gólgota le dio dimensión a las relaciones humanas. Tres amores se encontraron en un solo amor: Mujer: he ahí tu hijo. Hijo: he ahí tu madre.

Las criaturas de Dios estamos frente a las mismas contingencias de todo lo creado. Por ser criaturas nos viene la desesperación, el sentido de la soledad, las aparentes frustraciones y fracasos. De modo que no es de extrañar- nos que Jesús el Cristo, que tomó forma humana, que se anonadó a si mismo, sintiera el impacto del abandonado. Deseamos hacer claro que Jesús estaba sintiendo el abandono, pero con una interrogante, con un por qué. Analicemos los componentes de tan inmensa declaración de Jesús.

En primer lugar Jesús no niega, sino que afirma, que en el proceso de su suplicio estaba Dios. ¡Dios mío, Dios mío!, en vocativo, es una aseveración. Cristo no fue abandonado por las fuerzas ciegas de la creación. Mucho menos por la casualidad o el destino. Jesús fue abandonado por el que dirige los mundos y el universo.

Ahora nos preguntamos sobre el por qué de este abandono. ¿Es que así obra Dios con sus hijos amados? Y más difícil aún, ¿así obró Dios con Jesús el Cristo, sin éste haber cometido pecado alguno? Contestamos que Dios no

obra así cuando entendemos el tal abandono como una de las dimensiones del ser victorioso. No perdamos de vista que Dios se hizo hombre. Como tal, llevaba en sí el dolor y la amargura que son partes de la existencia misma. Todos nosotros, que hemos conocido por la fe que Dios es nuestro Padre celestial, que sabemos que es amor y nunca nos da lo peor, que sabemos las grandes bendiciones que Dios da a sus hijos, también hemos clamado a veces, "Dios mío, ¿por qué me tiene que suceder esto"? ¿"Por qué tengo que sufrir"? Y Cristo asumió nuestra naturaleza para darnos la suya. Uno sabe que Dios le oye. Uno sabe que aunque se sienta abandonado, no está solo. Y esto es la gran victoria, el poder confiar, aún en los mayores conflictos; que podemos clamar, porque ~~hay~~ ^{está} él, que nos está oyendo. Si aceptamos que hay el Dios que provee para todo, ya proveerá para que la noche se haga día y para que las tinieblas se hagan luz. *La ilustración del ferolero.*

La vida es imposible sin esperanzas. La mayor parte de las veces se vive más de lo que no se sabe que de lo que sabemos. No siempre lo que creemos que es abandono en realidad lo es. Si Ud lee cuidadosamente el Salmo 22, que es muy posible que Cristo empezara a citar desde la cruz, encontrará que empieza así: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Luego dicen los versos 3-5:

Pero tú eres santo
Tú que habitas entre las alabanzas de Israel.
En tí esperaron nuestros padres; Esperaron,
y tú los libraste. Clamaron a ti y
fueron librados; Confiaron en ti, y no
fueron avergonzados.

La quinta dimensión que Jesús nos señala en la ruta de la senda victoriosa se sintetiza en las palabras: Sed tengo. Juan 19:28. Cristo tuvo sed verdadera, como la mía y como la tuya. Esto no es una simple figura simbólica

o de puro retoricismo. Es esa sed de la cual los fisiólogos confiesan que poco saben de ella.

Pero lo paradójico es que quien hizo el universo, quien hizo el agua como parte esencial para la vida, sintiera una sed abrazadora. El que hizo el manantial de agua refrescante, el que le puso música al líquido que corre y que se quiebra en miríadas de gotas al caer por la cascada, el que engarzó a las hojas de las plantas con fina pedrería ácuea, ahora clama por ella y de ella es privado.

No olvidemos que estar frente al Jesús histórico es estar frente a nosotros mismos: cuerpo, mente y espíritu. Los seres humanos vivimos en la dimensión de las necesidades terrenas. Y de tales necesidades se ocupa el Señor y nos manda que nos ocupemos nosotros también. La iglesia es para atender al individuo humano en una totalidad. Hay que orar. Hay que predicar. Pero también hay que dar el vaso de agua al sediento en nombre del Cristo. Hay que bregar con los que están en las cárceles, con los desamparados.

Es bueno recordar que existe una diferencia muy marcada entre las diversas motivaciones para dar agua al sediento. Hay quién la da porque le sirve de propaganda comercial. Esto resulta en una aparente generosidad. La sed también tiene su comercio bastardo. Otros se compadecen de la sed ajena para hacerse más yoístas. Es que la sed puede hacerse como pedestal adulterado.

Al lado del hombre hay otro hombre que es su hermano, con todas las necesidades inherentes a la existencia. En el dar un vaso de agua se puede dar expresión a ese misterioso cambio que se opera en las entrañas mismas de la persona al impacto del Cristo que hace arder el corazón.

En esta dimensión, que consiste en mitigar la sed como necesidad de ser criatura de Dios, es que se comprende la sed de Jesucristo.

Hay un sexto perfil en los dichos de Jesús el Cristo. Para entenderlo no se puede recurrir a la historia como relación de datos entre sí. La lógica se desquicia, por eso la cruz es locura. Al Redentor se le siente en una experiencia de fe. Por lo tanto, Consumado es, no es la simple palabra que el artista pintor dice al dar las últimas pinceladas a un cuadro. No es el término del músico que pone dos barras a una pieza al concluiría. No son las palabras del arquitecto que pueda decir que el edificio en construcción ha sido terminado.

No estamos bregando con un Consumado es a base de lo transitorio y que se puede repetir. Jamás escucharemos de nuevo esas palabras. Fueron dichas de una vez y para siempre. Son únicas. En boca de Jesús el Cristo, esos términos significan la rehechura del ser humano, del remate de la creación. Ya la vida se completa, adquiere los ingredientes necesarios para uno llamarse hijo de Dios.

Apenas estamos todos; médicos, maestros, ingenieros, psicólogos, psiquiatras, ministros y otros más, arañando en la periferia de ese ser que se llama persona. Seguimos siendo unos desconocidos entregados en la agonia del conocer. Pero en Dios, según el dictado de su palabra, nos integramos a todo el misterio del cosmos, y más allá de lo que se ve a una dimensión de ser y de consumación.

Habíamos dicho anteriormente que los seres humanos vivimos más de lo que no sabemos explicar ni dar razón de ello, que de lo que sabemos. En la fugacidad de la vida terrena, que somos como la flor del campo, que nace y que a la tarde ya no es, no se encierra la totalidad del ser. En la esfera de los sentidos hay muchas cosas que uno no puede dar razón de ellas, mucho menos las puede dar

en el reino del espíritu. Así que sólo la fe nos provee constancia de muchos hechos que de otra manera no podríamos dar evidencia. Y sucede que esas cosas que no se ven, que parecen ilógicas, son las que le dan las dimensiones significativas a la existencia.

Este es el caso de Jesús el Cristo. Apenas se puede decir algo de la fecha de su nacimiento, es difícil conocer cuán largo fue su ministerio, aún no sabemos el orden en que dijo sus últimas palabras terrenas. Pero aún así, El es el todo de nuestras vidas, y en El se nos asegura la vida plena, tanto la que se da aquí como la que se da cuando el universo ya no sea.

La garantía de todo lo es El mismo. Y fue El mismo quien dijo, Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Lucas 23:46. Esto significa la transferencia, o el tránsito, de la acción terrena a una realidad supra-terrena. El Cristo clamar a gran voz no es el grito último para ir a la nada, sino la confirmación de la gran certidumbre de que nuestro destino final está en manos de Dios. Estar en Dios no es derrota; es la victoria verdadera.

La condición del ser humano es supra-histórica. Queremos decir que no se ubica en última instancia, ni en la categoría del espacio, ni en la categoría del tiempo, sino en la categoría del espíritu. Nada de lugares específicos. No en Jerusalem. No en el Monte Gerizim. No en América del Norte ni en América del Sur; ni en ningún otro sitio geográfico. Es la vida que se transforma y adquiere nuevas dimensiones porque el mar y la tierra ya no son.

Jesús el Cristo nos da las dimensiones de la vida y nos dice que si estamos en las manos de Dios todo está bien. Y esto es la vida victoriosa, tanto en lo que se ve como en lo que no se ve. Confiad, así venceremos al mundo.